

Ahora da la impresión de que en el fútbol no está permitida la creatividad, está penalizada la imaginación. Si lo emparentamos a la literatura, tenemos que acordar que se está haciendo un fútbol de «frases hechas», que el cerebro del entrenador pretende sustituir al cerebro de todos los jugadores y, por lo tanto, salen a cumplir misiones, a cumplir obligaciones, pero no salen a jugar exactamente, no salen a crear. Este giro, medio dañino, medio perverso, que está tomando el fútbol, puede que termine con charlas como ésta, donde parece que estamos defendiendo algo que está en peligro de extinción. Y eso me parece verdaderamente preocupante. O sea, por la selección española no va De la Peña al próximo europeo, por la selección italiana no va Baggio, por la selección francesa no va Cantonat. Da la impresión de que las mejores plumas del fútbol están penalizadas. La primera sugerencia mía es llamar a la subversión de los espectadores, que sean todos como Galeano, que vayan a la cancha a pedir una jugadita, por favor. Porque si no, todo va a ser la lucha por la eficacia, la lucha por el triunfo, que es siempre improbable porque, ni aquéllos que son extraordinariamente pragmáticos, lo puedan asegurar.

Me pregunto por qué, en la intimidad, los escritores, desde la escritura, hacen tanto esfuerzo para alcanzar la belleza y que, sin embargo, dentro del campo somos tan intransigentes con la belleza. Porque no hay nada más sospechoso que el talento, dentro de un campo de fútbol. A la lucha, al músculo, al sudor, el aficionado le perdona todo, absolutamente todo. Al tipo que asume riesgos, que apuesta todo por la fantasía, sólo se le perdona si sale triunfante del desafío que asume. Driblea a uno, driblea a dos y solamente si regatea al tercero, es festejado su intento de alterar las cosas de una manera genial. Ahora, si pierde en el tercer regate la pelota, entonces ya hay una especie de estallido de sus propios partidarios, porque se le considera subversivo peligroso, que está poniendo en peligro muchas cosas. El tipo que lucha es un tipo que siempre tiene el beneficio del perdón.

MARIO BENEDETTI: Hay muchos poetas que se refirieron al fútbol. Además, yo creo que en el fútbol a veces se dan situaciones que casi son literarias, casi son artísticas, casi son dramáticas. Yo quería leer, por ejemplo, una cita de Efraín Huerta, de lo que le pasó a un portero mexicano. Dice: «El portero del Mónaco paraba todos los disparos, lo paró todo. Por su arco no pasó ni el aire, nada entró. Fue infructuosa y desesperada la labor de la delantera del equipo contrario, el Esparta. Al finalizar el partido, un furioso delantero del Esparta se acercó al heroico portero rival y le escupió esta frase: ‘A ver si esto no entra tal por cual’. Y la puñalada resonó como un latigazo simbólico. Le dio una puñalada». Y dice luego:» Bueno, pero aun

sin llegar a puñaladas, el guardameta puede ser el protagonista del drama». Es curioso que casi siempre que los literatos toman algo del fútbol, toman como grandes protagonistas al portero o un delantero, casi nunca se refieren a un zaguero, o a lo que antes era un *centre-half*, porque yo todavía no estoy familiarizado con la nueva organización de los equipos. Sí, el fútbol tiene también una dimensión literaria o dramática, busca protagonistas y antagonistas, situaciones de tensión que puede adquirir un significado simbólico, como en la literatura.

## Fútbol y música

MIGUEL RÍOS: Naturalmente, la música tiene también que ver con el fútbol, sobre todo vistos ambos fenómenos en función de la ritualidad. Yo creo que es más tribal el fútbol que la música, por lo menos la que hago yo. Igual que la devoción que se tiene que tener para ir a los toros, también tiene que haber una disposición anímica, una disposición, digamos, casi ética, para la música y para el fútbol. Por ejemplo, a mí los toros no me gustan nada, por lo tanto, no los comparto, ni los asocio con nada que tenga que ver con la música. En cambio, el fútbol sí. A mí, concretamente en el fútbol me pasa lo que me pasa en los conciertos: estoy viendo un partido de fútbol y muchas veces creo que estoy cantando o viendo a un cantante que me gusta mucho, no lo estoy admirando distanciadamente, estoy en el escenario con él. Esa posibilidad de incorporación que tienen los dos espectáculos, es lo que a mí me interesa. La ritualidad del fútbol es muy parecida a la del rock. También hay otras relaciones. Si hablamos de samba y de tango, músicas en las que yo soy un lego absoluto, pero que como alguien ha dicho, el samba es la música de Brasil y Pelé –samba es la forma de entender estéticamente el fútbol de Brasil. Y Maradona es el tango, es la forma de entender la estética de Argentina. Bueno, pues entonces podríamos decir que la música por excelencia, por lo menos racial, que debiera identificar al fútbol español es el flamenco. Porque a pesar de ser una música proscrita durante mucho tiempo, considerada nacional-flamenquismo cuando vivía «su excrecencia el generalísimo», dio, para gloria de este exponente racial, a un jugador que lo tenía todo para ser muy buen bailarín y cantaor de flamenco, que se llamaba Juanito. Juanito era un fino estilista, que es lo que es un cantaor de flamenco, un fino estilista, que podía burlar y engañar en un momento dado, pero que no perdía cierta calma, es decir, si hacía falta pisarle la cabeza a un contrario en un momento de frustración, pues él iba y se la pisaba. Puede que ese fuera el representante de un fútbol español ideal, el fútbol flamenco.

## Fútbol y teatro

J. VALDANO: Los puntos en común que yo veo entre teatro y fútbol son que los dos tienen algo de representación y que desafían al público. Luego yo encuentro dos diferencias, aunque hay muchas más: el teatro tiene un libreto, todos sabemos dónde está el nudo de la obra; en el fútbol no se sabe dónde está el nudo de la obra, es el reino de la imprevisibilidad y eso, posiblemente, haga más duras las angustias previas, la espera del partido, lo que llamamos el «miedo escénico», el miedo a lesionarse, a hacer el ridículo, el miedo a olvidarnos de la letra del libreto, el miedo a que las cosas no salgan como uno ha soñado, puede presentarse un gol en contra al minuto del partido, o en el minuto noventa. En todo caso, no se sabe dónde está el nudo de la obra. Y después, en segundo lugar, el fútbol tiene algo de combate, hay una disputa y un objeto de disputa, que es el balón. Eso no se da en el teatro.

J. EINES: El teatro y el fútbol tienen en común el conflicto. Hay un conflicto en el fútbol, que tiene que ver con vencer al otro, cada gol que se consigue es una forma parcial, fugaz, inmediata, de irlo venciendo. En una obra de teatro está presente todo el tiempo el conflicto que posibilita el desarrollo de una conducta. Si no hay conflicto, el drama no crece y la comedia tampoco, y los actores no tienen con qué trabajar. El conflicto como instancia que posibilita la gasolina para que el drama se desarrolle, es inherente a la condición de lo teatral. Y el conflicto en el fútbol es tratar de conseguir un gol. Después estarían los intraconflictos, los del personaje. El personaje no sólo trata de conseguir algo, sino que tiene algunos problemas consigo mismo a la hora de querer conseguirlo. Y después, si trasladamos al fútbol los intraconflictos de Fernando o de Quique a la hora de generar un regate, si eso es lo que conviene o no, si lo mejor es un pase largo, o un regate, en definitiva es un intraconflicto que en cada uno de los momentos en que se enfrentan con el balón y con un contrario, implica una decisión en cada uno de esos instantes. A mí me parece que es equivalente al intraconflicto del actor a la hora de trabajar con aquellas cosas que hacen posible que no sea unilateral lo que hagan. Un jugador unilateral tiene una sola opción, hace una sola cosa; sin embargo, la riqueza de un jugador la podemos medir por la no unilateralidad, y la riqueza del actor también la medimos por la no unilateralidad, el matiz. El matiz es lo innombrable del color; cuando no sabemos qué decir de un color, decimos que tiene un matiz, y hay jugadores que matizan, y hay jugadores unilaterales, y hay actores que matizan, y hay actores absolutamente unilaterales.